

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 120.—BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1916



Salida de tropas de Berlín

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Las tropas rusas en Francia.—II. Rumanía.—III. Una amenaza para Inglaterra.—IV. La dimisión de Sazonov

I.—Las tropas rusas en Francia

La llegada de tropas rusas a Francia—nuevos contingentes han desembarcado recientemente—es un hecho que no ha sido debidamente comentado. Que un puñado más de miles de hombres no cambiará el curso de las operaciones, es afirmación que nadie se atreverá a rechazar; y que el envío de soldados moskovitas al teatro del Oeste no tiene más que un alcance moral; lo admiten todos. Creemos que hay algo más. El ciudadano francés que ve tropas rusas combatiendo al lado de las fuerzas nacionales, se siente naturalmente inclinado a creer que el poderío del grande imperio aliado es inmenso y el número de sus combatientes inagotable. No se le suele ocurrir que ello es uno de los aspectos de un cambio: soldados rusos a Francia, y material de guerra francés y oficiales franceses, a Rusia. Mas este trueque de servicios tiene mayor trascendencia: establecé una real y honda solidaridad, más fuerte que los compromisos diplomáticos. ¿Cómo Rusia concertaría aisladamente la paz, teniendo tropas suyas

en Francia, sin contar con la República? Ha de verse, pues, en esos desembarcos una gran habilidad del Gobierno francés, que conoce toda la utilidad que reporta la alianza con Rusia. No es una imitación de lo que han hecho los imperiales, toda vez que éstos se han limitado a poner los unos al lado de otros sus contingentes frente al enemigo común, Rusia, y si practicaron lo mismo en Serbia fué porque así lo exigió el compromiso que contrajeron con Bulgaria; contra los franceses luchan solos los alemanes y contra los italianos los austro-húngaros sin perjuicio de los auxilios en material que como buenos compañeros de armas se prestan mutuamente.

Asegurándose el concurso de Rusia y poseyendo de ella lo que, forzando un poco la frase, podrían llamarse rehenes, no demuestran los franceses tener excesiva confianza en sus propias fuerzas, ni tampoco en la ayuda inglesa. Esto es lo que se ve en el fondo del asunto. Ligar indisolublemente la suerte de la República a la del Imperio.

Si ello constituye un triunfo para Francia, no podrá preciarse de lo mismo Rusia. Cuando la expe-

dición a Gallípoli, y a pesar de que se ventilaba la posesión de Constantinopla, sueño dorado y más ardiente ambición de Rusia, esta nación no envió tropas suyas a que cooperasen en la empresa. Y al verse en trance apurado los ingleses en Mesopotamia, Rusia, como aquel varón fuerte todo corazón, organizó precipitadamente una expedición de socorro llamada a fracasar, y permitió más tarde que los britanos se extendieran por el S. de Persia, siempre reclamada por Petrogrado.

Jamás Rusia ha escaseado el auxilio que de ella se ha solicitado. El día que se escriba la historia de la guerra, se sabrá que la pérdida de las ricas provincias del Oeste se debe, en gran parte, a la precipitación con que acudió, abandonando sus intereses propios, a aflojar las ligaduras con que los germanos apretaban a franceses y a italianos.

¿Reportará Rusia las ventajas que merece por su abnegada conducta? Es muy dudoso. En el Oeste se cree que el oro que Francia e Inglaterra han derramado en el Imperio blanco, compensa con creces todos los sacrificios del deudor. Pero hay casos en que el oro es lo de menos, según lo están demostrando elocuentemente los sangrientos sucesos de estos dos años.

II.—Rumanía

Llama extraordinariamente la atención el silencio que la prensa aliada guarda sobre Rumanía. En aquella época en que los rusos eran derrotados y perdían unas tras otras las fortalezas y las provincias, no pasaba día sin que se anunciara la inmediata entrada de Rumanía al lado de los aliados. No era aquella la mejor ocasión de embarcarse en la aventura, pero tanto se repitió el anuncio y con tantos detalles se daban las noticias, que las más de las personas acabaron por creerlo. Después, en plena invasión de Serbia, derrotada ya Rusia, la campaña periodística cobró nuevos vuelos; la ocasión era todavía menos indicada; y muchísimo menos cuando ya no quedó un soldado serbio en su país y los ingleses y franceses repasaron la frontera de Grecia, momento en que cabalmente, la agitación de los periódicos se desencadenó furiosamente y casi nadie se atrevió a creer lo que ha sucedido; no parecía sino que Rumanía tuviera el empeño de que la despedazaran, porque quería desenvainar la espada siempre que los imperiales triunfaban en toda la línea.

Desde entonces, Rumanía ha caído en el olvido. Las circunstancias, sin embargo, son las más propicias para que los anhelos de los aliados se conviertan en realidades. Triunfantes los ejércitos rusos del S., ocupada toda la Bukovina por las tropas del Czar, escasa resistencia presentarían los austriacos a los rumanos, y éstos bien poco pueden esperar de unas tropas que no se han bastado a librar a su propio territorio de la invasión.

¿Es que Rumanía definió tan concretamente su actitud, de un modo tan irrevocable, que aliados e imperiales saben a qué atenerse? No lo creemos. ¿Acaso se estima secundaria la intervención de Rumanía? Menos aún. ¿Por ventura firmó una alianza con los imperiales? Tampoco. Hablar de Rumanía y aludir a un misterio, es lo mismo. El lector que recuerde las *Crónicas* que escribimos hace bastantes

meses, no habrá dejado de creer que la cuestión de Rumanía surgirá más tarde o más temprano, y que, si Dios no lo remedia, se ventilará este nuevo problema cuando esta gran guerra entre en su período final.

III.—Una amenaza para Inglaterra

El acuerdo del Parlamento norte-americano de aumentar la escuadra en un corto período, tres años, hasta colocarla en el segundo lugar del mundo, es un hecho que puede influir muy bien en la terminación de la guerra. No se pretende—se dice—destronar a Inglaterra, pero sí ponerse en mejor situación que las demás potencias navales. Lo grave es hacer algo diciendo lo contrario, y éste es el juego de la Unión Norte-americana, a la que no debe reprocharse, sino envidiarse por su reciente acuerdo. Cuanto más se fortalece militarmente una gran nación, tanto peor para los demás; esta verdad tiene ahora perfecta aplicación.

La Gran Bretaña mantiene el primer rango en poderío naval, y desde que comenzó la guerra se ha dado prisa en construir nuevas unidades; pero el número de las que han sido botadas al agua, ni sus tonelajes, compensan las pérdidas sufridas por la gran escuadra. En las estadísticas, todavía Inglaterra es la primera; en la realidad, sería muy aventurado el afirmarlo. Porque no sólo las mermas son de mucha consideración, sino que los más de los barcos llevan dos años de navegación incesante y de servicio torzado, de suerte que casi todas las unidades han envejecido y les queda poco tiempo de vida militar. Para no verse desbancada, habrá Inglaterra de remozar toda su escuadra cuando se firme la paz; pero ¿podrá llevar a cabo el estupendo esfuerzo financiero que esto supone, después de los gastos rayanos con lo fantástico que viene haciendo y que crecen de día en día? Aunque el patriotismo le mueva a realizar este nuevo sacrificio, hay algo que no se compra con dinero, y es el tiempo, que mientras sirve de substraendo a la marina británica, ejerce el papel de sumando para las escuadras japonesa y americana. De donde puede muy bien ocurrir que cuantas más victorias obtengan los barcos ingleses sobre los alemanes—sobre todo si son del género literario, como la del Skager Rak,—tanto más segura será la derrota naval de Inglaterra más adelante.

Alemania, Francia, Rusia, Austria... pueden conservar toda su grandeza y fuerza sin escuadras, porque el raigambre de su poderío reside en sus territorios; pero la fuerza de Inglaterra se encuentra esparcida por el mundo, sin que la metrópoli sea otra cosa que el cerebro y el estómago, y el día que una escuadra más formidable que la suya surque los mares, habrá sonado la hora de la decadencia de la moderna Cartago. No hay que sorprenderse, pues, de la parquedad con que los periódicos de Londres comentan las discusiones de Washington.

Hay que considerar también la situación excepcionalmente ventajosa de Inglaterra con respecto a las demás naciones de Europa. En su poder el Mediterráneo y dominando en el Atlántico oriental, puede tener sus fuerzas navales relativamente concentradas, y batir al enemigo, antes de que éste llegue a los puntos débiles del Imperio; pero con rela-

ción a Estados Unidos y Japón está en otro caso, toda vez que habría de diseminar sus flotas en las principales rutas marítimas, exponiéndose a ser débil en todas. La situación, pues, se agrava.

Todavía, hasta ahora, le quedaba a Inglaterra un arma de mucho efecto, que era la amenaza de bombardear el litoral enemigo; los submarinos han puesto término a esta posibilidad, y las unidades de combate habrán de batirse muy en alta mar, si no quieren exponerse a que el adversario las destruya impunemente.

Entre los submarinos alemanes y los afanes imperialistas yankees, que se traducen en botaduras de barcos de guerra, tiene la Gran Bretaña serios motivos de preocupación. No vale que los Estados Unidos afirmen que nada se proponen contra Inglaterra; ellos, como todas las grandes potencias, harán lo que les convenga, pura y simplemente, y no lo que convenga a los demás. Irán apoderándose de lo que se les vaya poniendo al alcance de la mano, y es evidente que si el que nada posee nada tiene que temer, el que ha adquirido demasiado ha de abrigar fundados temores de perder su patrimonio. Inglaterra, desangrada por Alemania, puede quedar a merced de otro rival más rico y de mejor situación geográfica. Por lo demás, saben perfectamente los Estados Unidos que no conseguirán su sueño de hegemonía absoluta en el nuevo continente, en tanto no destruyan el poderío naval inglés y alemán. En estas palabras puede compendiarse todo un programa internacional, por extraño que parezca, para después de la guerra.

Inglaterra no desatenderá el aviso, que no puede llegar en momento más oportuno. Aún está a tiempo de conjurar el daño. Pero si el presidente Wilson se decide a llevar adelante el acuerdo, el Gobierno de Londres pensará muy bien si ha de anteponer el amor propio a la ruína, si no sería mejor una paz decorosa, sin ganancias; ahora, que quedar luego a merced de apetitos voraces, difíciles de saciar con poca cosa.

IV.—La dimisión de Sazonov

La dimisión de Sazonov, ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, no ha sido explicada, y quedará probablemente envuelta en el mismo misterio que rodea otros cambios políticos ocurridos, con bastante frecuencia, en las altas esferas de Petrogrado. La impresión que la noticia ha producido en Inglaterra y Francia ha sido deplorable, y se comprende, porque Sazonov era en Rusia el puntal más firme y el devoto más entusiasta de la alianza. De los tres ministros del Exterior que formaban el alma de la unión contra los Imperios centrales, no queda ahora en su puesto más que uno: Grey, bastante obscurecido y al que se le acaba de nombrar vizconde, para que tenga asiento en la Cámara de los Lores; pero como no podrá ya seguir formando parte de la de los Comunes, la dignidad que acaba de conferírsele robustece más el principio de su apartamiento de los negocios públicos.

El sucesor de Sazonov es Stürmer, también del partido conservador, profundamente anti-alemán, pero más independiente que el primero, porque sólo se deja llevar de su amor a Rusia y opina que

ésta debe de aprovecharse de la alianza y no sacrificarse por ella.

Este cambio de ministros, coincidiendo con las exageraciones de los partes rusos, parece indicar que no es allí tan unánime y tan fuerte como se viene diciendo el partido de la guerra, y que hay una poderosa masa de opinión convencida de que la victoria es imposible y que la continuación de la guerra no puede favorecer a Rusia. Con todo, la dimisión de Sazonov no es más que un síntoma indicador de que el cuadro visto por dentro no es tan agradable como se muestra por fuera a los extraños, pero no significa ni puede significar un cambio radical en la orientación del Gobierno.

F. LARÍN.

AL FRENTE AUSTRO-HUNGARO EN GALIZIA

El Zlota-Lipa.—En el 71 regimiento de infantería.—Ataque ruso y contraataque austro-húngaro

XX

El Zlota-Lipa es un río confluyente del Dniester. Después de recorrer en la Galizia Oriental una extensión de unos 45 kilómetros de N. a S. arroja sus aguas en el Dniester. Como los ríos paralelos a él que van a unirse al Dniester más al oriente, el Strypa, el Sereth y el Sbrucz, forma el Zlota-Lipa un corte profundo y marcado en el terreno montuoso que atraviesa. Por sí sólo tiene la importancia de una posición de defensa de primer orden. Con un poco de dedicación y empeño se puede hacer de él una posición de gran valor, razones por las cuales ha sido escogido por los rusos para su abrigo, después de la gran ofensiva de los aliados en los meses pasados. Por el pronto no significa para ellos sino una línea de defensa, si bien de vez en cuando se ejecutan ofensivas localmente, lo cual, por otra parte, no quita a su situación el carácter de pura defensa.

Nosotros nos encontramos ahora en las posiciones del regimiento n.º 71, que es nuestro punto de destino, como a unos 25 klms. de la confluencia del Zlota-Lipa y el Dniester. Mientras gran parte de los soldados se ocupan en terminar sus trincheras, profundizándolas el resto no pierde de vista al enemigo. De vez en cuando se escucha la detonación de una arma de fuego o el silbar de una bala por sobre nuestras cabezas. Agazapándonos, recorreremos alguna longitud de los fosos, en su mayor parte insuficientemente profundos todavía para ocultar a un hombre de pie. Gradualmente se nota crecer la frecuencia de las detonaciones del fuego ruso, tal parece que hubieran escogido el punto en que nosotros nos encontramos. Su artillería dispara también, con estrépito, luego en grandes cantidades, arrogante, como si quisiera acabar con sus últimos haberes en municiones, lo es que las fábricas de Oriente y América los han dotado repentinamente en grande y quieren hacer alarde de su riqueza?

Por nuestra parte, nos encontramos demasiado inseguros aquí, apenas retirados unos 80 m. de las trincheras del adversario. El mayor, jefe de un batallón, es de la misma opinión y en su afán de sacar

nos del peligro, nos conduce al abrigo de artillería contiguo. En este país montuoso, de sinuosidades numerosas, puede la artillería ofrecer el lujo de cuando en cuando, de avanzar una batería o una pieza por lo menos hasta la línea de las posiciones de la infantería. Un ejemplo de ello es este cañón hacia cuyo abrigo nos dirigimos lentamente, de uno en uno, ocultando los cuerpos a las balas rusas, japonesas o americanas—todas matan, dado el caso—que pretenden hacer blanco de nuestros cuerpos. El cañón de 8 cms. está situado en ángulo saliente con la línea de fuego y tiene por fin principal el batir de flanco al atacante con disparos de granadas y shrapnels. Haciendo uso del bote de metralla batirá también de frente en caso oportuno. A izquierda y derecha del cañón, a unos 30 metros de éste, están paradas dos ametralladoras, que pueden batir asimismo de flanco. Los soldados están cansados, fatigados, después de tantos días, meses, de lucha que los ha conducido desde la Galizia Occidental hasta la Oriental. Y sin embargo, el buen humor no les falta nunca, con que el soldado austriaco engaña las fatigas y olvida las penas. El abrigo del jefe del cañón es bastante seguro y grande para ofrecernos el asilo deseado.

Cañones, fusiles y ametralladoras continúan aumentando su fuego. Hacia nuestra derecha, allá a lo lejos se eleva un murmullo atronador, el confuso trac-trac apresurado de las armas de fuego, tan seguido que no parece sino un solo ruido. Tal se escucha un huracán en la montaña o el caer del granizo sobre un campo de maíz. Ciertamente, desde una media hora antes se notaba en aquella dirección una actividad mayor de la artillería; pero no nos era dado distinguir precisando el lugar en que se desarrollaba. El estrépito ahora es más marcado y todos volvemos la mirada hacia el punto de que proviene. Un murmullo de admiración—o de temor—se deja sentir también en nuestro grupo. Todo el mundo comprende que se trata de un ataque ruso y algunos intentan salir a la desbandada del abrigo que los cobija, retirándose precipitadamente. El mayor, quien lo sabía con anticipación y conserva su sangre fría en trances de tan poca trascendencia, calma los ánimos exaltados, nos recomienda orden y nos conduce fuera de la caseta. «Se trata de un ataque ruso, efectivamente—dícenos—pero bastante lejos de aquí y no hay lugar a asustarse. En vez de huir vamos a subir a aquella elevación desde donde podrán contemplar en calma el espectáculo de un combate de posiciones». Unos de grado, los más por condescendencia, subimos la falda suave de la colina, con las precauciones de rigor, a que nos hemos acostumbrado cual si hubiéramos crecido en estos peligros. Desde la cima dominamos el panorama iluminado por el sol en el meridiano. Los anteojos de larga vista rápidos a la cara. En las sinuosidades del terreno se distinguen aquí y allá los fragmentos de trincheras cavadas en el suelo y se ve brillar cañones de fusil recostados en tierra y los hilos de metal de los obstáculos. Quizás unos dos kilómetros a nuestra derecha tiene lugar el ataque ruso, que ocupa una extensión de varios centenares de metros. Es sólo una pequeña unidad la que emprende la ofensiva y su objeto consiste en arrancar al enemigo una posición que por su altura resulta incómoda para el servicio propio. En

un principio es difícil localizar la línea de ataque; pues sólo el fuego de fusil más nutrido la marca y a la distancia a que nos encontramos no es fácil precisar mucho. Desde la altura en que nos hallamos podemos ver toda la extensión de la línea rusa desde la cual sale el ataque. De la atacada alcanzamos a abarcar sólo unas tres cuartas partes. El fuego ruso nutrido, al cual responde el austriaco más débilmente, calla en un instante. Ahora sí podemos precisar completamente las posiciones de que salía. De la tierra se levanta como una muralla uniforme que va a perder su rectitud a medida que avanza. Son los rusos atacantes. Ni un solo disparo de fusil. La hilera de bayonetas brilla y reluce al sol. La posición austro-húngara redobla el fuego. El efecto que produce en la línea enemiga es terrible; pero el atacante no cede por esto. Ambas trincheras están separadas unos 150 metros. En rápido avance acérpanse los rusos a las alambradas de los fosos adversarios y ya parece que los van a pasar. De la trinchera austriaca se levanta un murmullo que viene a sustituir al producido por ametralladoras y fusiles. Su duración no es larga. Los defensores han salido a su vez de los fosos empuñando la bayoneta. En la retaguardia de los atacantes se levanta y espesa una cortina de polvo y de humo: son proyectiles de la artillería austriaca que quiere así cortar la retirada al enemigo. Entre tanto se desarrolla entre ambas trincheras un combate cuerpo a cuerpo. El tumulto tiende a retroceder hacia las trincheras rusas. Es un instante de decisión, que sólo dura unos minutos. De pronto detiéndose los rusos. ¿Es un contraataque que van a intentar?—No, levantan las manos al cielo: se entregan. Al frente las bayonetas enemigas, detrás el fuego de la artillería; defenderse es imposible, sus pérdidas son demasiado crecidas. Sin embargo, dispersos en el grupo, hay quienes empiezan a hacer fuego: son los oficiales rusos que, llenos de rabia y desesperación, disparan sus revólvers. Los austriacos se atrincheran a unos 50 metros delante de su vieja posición. Esa es su ganancia, menos de 100 metros, y la victoria...

Los prisioneros rusos empiezan a ser conducidos a la retaguardia, mientras nuevas tropas rusas se estacionan a unos 200 metros de la posición enemiga.

El fuego de la artillería austriaca empieza a extenderse a lo lejos. La calma se restablece. El encuentro ha durado quizás 45 minutos. En la línea austriaca vemos cómo los soldados, en gran parte, abandonan el fusil para empuñar la pala y siguen cavando, como antes, unos 50 metros más adelante.

Como el espectáculo está terminado nos vamos retirando lentamente, y comentamos el hecho y el peligro en que nos encontrábamos. ¿Si hubiéramos caído prisioneros? Los pesimistas opinan que «neutrales y todo» hubiéramos sido inmediatamente fusilados. Los optimistas—gozosos de no haberlas puesto a prueba—tienen más fe en las prescripciones del derecho de gentes... Somos «journalistas» y llevamos en el brazo izquierdo el brazalete amarillo con letras negras que dice «Prensa».

J. C. GUERRERO

LA CAMPAÑA NAVAL

BUQUES MERCANTES ALIADOS Y NEUTRALES
perdidos desde el 4 de agosto de 1914 al 4 de agosto de 1916

N.º	Nombre del buque	Tonels.	Fecha	Sitio	Modo	Nacionalidad	Observaciones
108	Deptford	1.208	26 Fbro. 15	Scarborough	Torpedo	Inglés	
109	Westerncoast	1.166	25 — —	Portsmouth	— ? m?	—	
110	Hemisphere	3.486	24 — —	M. Norte?	Cañón	—	Crucero auxiliar
111	Highland Brae	7.634	— — —	»	—	—	
112	Potaro	4.378	— — —	»	—	—	
113	Semantha	2.847	»	»	—	—	
114	Raithmoor	3.112	»	»	Desaparecido	—	
115	Wechawken	2.487	»	»	Torpedo o M.	—	
116	Wastet	2.992	»	»	Mina	—	
117	Ashdene	285	»	»	Desaparecido	—	
118	Therese Heymann	2.393	»	»	—	—	
119	Nigger	408	»	»	—	—	
120	Glenmorven	2.812	»	»	—	—	
121	Don Diego	3.552	24 Fbro. 15	»	—	—	
122	Essex Abey	3.595	— — —	»	—	—	
123	Kidaltou	2.270	13 Mayo 15	Atlántico	Cañón	—	Crucero auxiliar
124	Surrey	3.843	»	»	Mina	—	
125	Blackwood	1.230	»	»	Torpedo	—	
126	Princess Victoria	1.108	»	»	—	—	
127	Beethoven	3.752	7 Mayo 15	Dóver	—	—	
128	Oriole	1.320	29 Enero —	Havre	—	—	
129	Bayano	—	»	M. Norte	—	—	
130	Ariosto	4.373	»	—	—	—	
131	Belgrove	3.849	»	»	—	—	
132	Bernicia	3.850	»	»	Mina	—	
133	Wilfrid	6.458	»	»	—	—	Crucero auxiliar
134	Cornish Coast	676	»	Canal ?	Choque	—	
135	Renier	3.099	»	C. Francesa	Varadura	Francés	
136	Engelborn	2.459	»	»	Desaparecido	Inglés	
137	Montcalm	5.505	»	»	—	—	
138	Tangistan	3.738	9 Marzo 15	Scarborough	Submarino	—	
139	Norwegian	—	»	Dóver	—	Noruego	
140	Maloja	—	»	M. Norte	—	Inglés	
141	Jakli	—	24 Fbro. 15	Canal	—	—	
142	White Heather	—	18 — —	M. Norte	—	—	
143	Brank	3.700	»	—	Mina	—	
144	Andrómeda	3.650	»	—	—	—	
145	Hulltrader	3.736	»	—	—	—	
146	Cygnos	3.800	»	»	Desaparecido	—	
147	Tongrario	8.000	»	»	—	—	
148	Bramley	—	»	»	—	—	
149	Nigeria	—	»	»	—	—	
150	Duendes	—	»	»	—	—	
151	Doker	—	»	»	—	—	
152	Balhanna	—	»	»	—	—	
153	Liverpool	—	»	»	—	—	
154	Bongrove	2.389	7 Marzo 15	Ilfracombe	Submarino	—	
155	Thordis	—	»	»	Mina	—	
156	Headlands	2.988	»	»	Submarino	—	
157	Andalusian	2.349	»	»	—	—	
158	Indian City	—	15 Marzo 15	M. Irlanda	—	—	
159	Hardale	—	— — —	—	—	—	
160	Florazán	—	— — —	Bristol	—	—	
161	Invergyle	—	— — —	—	—	—	
162	Adenwell	3.798	— — —	Canal	—	—	
163	Leeward	—	17 — —	Faro de Mas	—	—	
164	Fingal	—	— — —	N. Northumber-	Mina	—	
165	Atlanta	—	— — —	land	Submarino	—	
166	Cairntorr	—	22 — —	Beachy Head	—	—	
167	Aberdeen	—	19 — —	F. de Sovereign	—	—	
168	Cornway Castle	1.954	»	»	Cañón	—	Crucero auxiliar
169	Glenartney	—	»	»	Submarino	—	
170	City of New York	—	»	»	—	—	
171	Orotawa	—	»	»	—	—	
172	City of York*	—	»	»	—	—	
173	Concord de Whil-	—	»	»	—	—	
	[thy]	—	»	»	—	—	
174	Ireland	1.781	23 Abril 15	Aberdeen	—	—	Apresado
175	Saint Lawrence	159	22 — —	M. Norte	Torpedo	Francés	
176	Glenoarse	»	— — —	—	—	Inglés	
177	Brilliant	»	23 — —	—	Submarino	—	Apresado
178	Olandia	»	19 — —	—	Torpedo	Holandés	
179	Ruth	»	21 — —	Fith of Forth	—	Sueco	
180	Caprivi	»	23 — —	Isla Tory	Mina	—	
181	Oscar	»	»	Longstone	Torpedo	Noruego	
182	Eva	»	»	—	—	—	
183	Drack	»	24 Abril 15	Báltico	Torpedo	Inglés	Con 12000 ts. hierro

(Continuará)

puso en cabeza de los cruceros de batalla en el momento en que hacíamos rumbo al E. S. E., rumbo en el cual nos pusimos en contacto con el enemigo. En este concepto, la labor de las escuadras de cruceros ligeros fué excelente y muy valiosa.

»De un parte recibido del *Galatea* a las 2.25 se dedujo que la fuerza del enemigo era considerable y no meramente una escuadrilla aislada de cruceros ligeros, por lo que a las 2.45 ordené al *Engadine* que destacara un hidroplano para explorar al N. N. E. Esta orden fué efectuada con gran rapidez, y a las 3.8 el hidroplano estaba en marcha; sus primeros partes fueron recibidos por el *Engadine* a las 3.30. A causa de las nubes, y en orden a identificar los barcos enemigos, fué menester volar muy bajo, a unos 300 metros y a menos de 3,000 metros del adversario, pero los cruceros ligeros rompieron el fuego contra el avión con todas sus piezas. Esto no restó claridad a sus noticias, y demuestra que los servicios de los aviones son muy útiles en tales circunstancias.

»A las 3.30 aumenté la velocidad a 25 millas y formé en línea de batalla, la II escuadra de cruceros de batalla a estribor de la I escuadra de cruceros de batalla, con los destroyers de las flotillas 13 y 9 en cabeza. Giré al E. S. E. convergiendo rápidamente hacia el enemigo, que distaba 22,000 metros y formé los barcos en una línea para librarme del humo. La V escuadra de batalla que seguía nuestros movimientos, se dirigía al N. N. O., a 9,000 metros. A la sazón la visibilidad era buena, teníamos el sol detrás y el viento soplaba del S. E. Como nos encontrábamos entre el enemigo y su base, la situación táctica y estratégicamente nos era favorable.

»A las 3.48 comenzó el combate a la distancia de 17,500 metros, abriendo el fuego ambas fuerzas casi a la vez. Pusimos la proa al S., y enseguida la principal dirección fué al S. S. E., siguiendo el enemigo una marcha paralela distante de nosotros de 17,000 a 18,000 metros.

»A las 4.8, la V escuadra de batalla entró en acción y abrió el fuego a la distancia de 18,500 metros. El fuego del enemigo parecía tender a disminuir. El destroyer *Landrail*, de la flotilla 9, tratando de ponerse en cabeza, descubrió a babor el periscopio de un submarino. Aunque muy molesto por el humo, la presencia del *Lydiard* y del *Landrail* indudablemente preservó a los cruceros de batalla del ataque del submarino. El *Notthingam* también vió un submarino hacia popa. Ocho destroyers de la flotilla 8, *Nestor*, *Nomad*, *Nicator*, *Narborough*, *Pelican*, *Petard*, *Obdurate*, *Nerissa*, con el *Morson* y *Morris* de la 10, *Turbulent*, *Termagant*, de la 9, recibieron la orden de atacar al enemigo con torpedos cuando se les presentara oportunidad, y a las 4.15 partieron con este objeto, a la vez que los destroyers enemigos emprendían la misma maniobra. El ataque fué efectuado con gran bravura y determinación. Antes de llegar a una posición propicia para el lanzamiento de torpedos interceptaron una fuerza enemiga, consistente en un crucero ligero y quince destroyers. Siguióse un terrible combate a corta distancia, y el enemigo se vió obligado a retirarse sobre sus cruceros de batalla, habiendo perdido dos destroyers y sin poder realizar su ataque. Nuestros destroyers no sufrieron pérdidas en este encuentro, pero su ataque contra los cruceros enemigos de batalla fué menos

efectivo porque algunos destroyers habían derivado hacia estribor durante el combate, y su posición era poco favorable para el ataque.

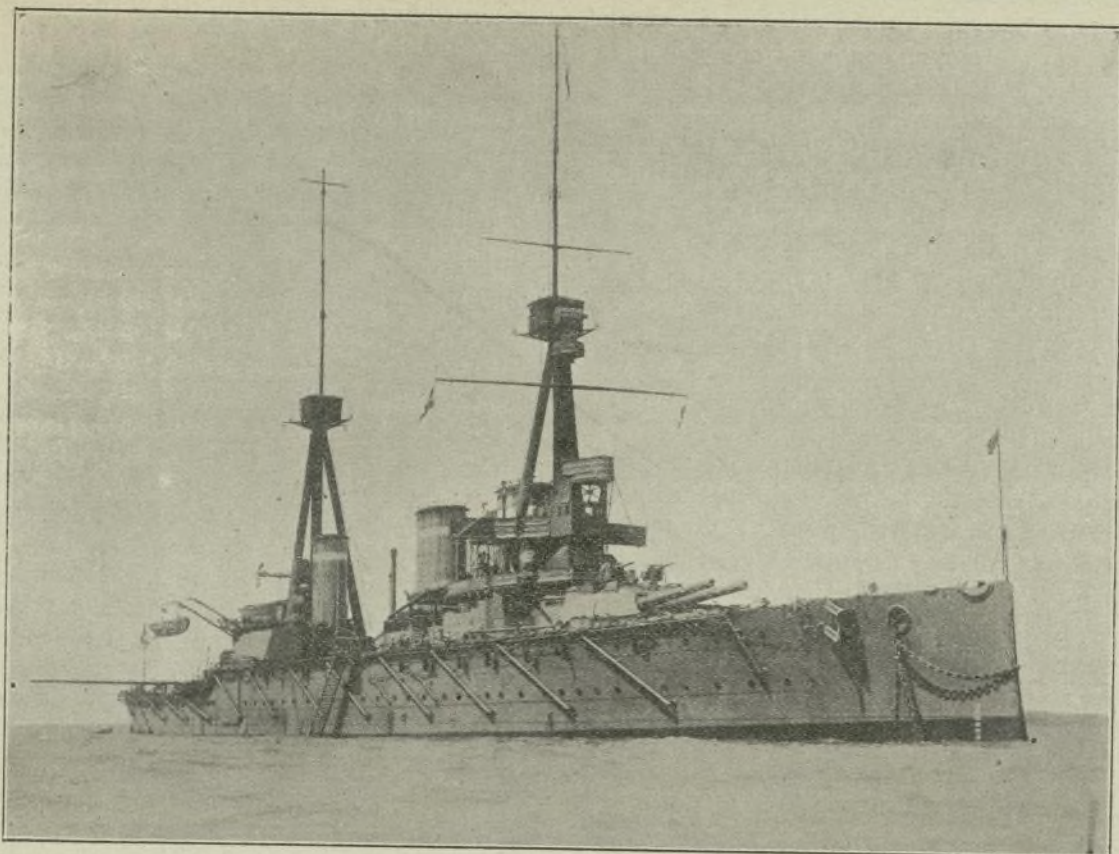
»El *Nestor*, *Nomad* y *Nicator*, prosiguieron su ataque contra los cruceros de batalla y lanzaron dos torpedos, exponiéndose a un duro fuego de las piezas medianas. El *Nomad* fué gravemente averiado y aparentemente quedó sin gobierno entre ambas líneas. Después, el *Nicator* y el *Nestor* variaron el rumbo al S. E., y al poco tiempo, como variarían 16 puntos los cruceros enemigos, se encontraron a corta distancia de unos acorazados enemigos. A pesar del terrible fuego, permanecieron allí sin vacilar y dispararon un torpedo al segundo barco de la línea enemiga a menos de 3,000 metros. Antes de que pudieran lanzar el cuarto torpedo, el *Nestor* fué alcanzado y se hundió por la proa, y el *Nicator* tuvo que cambiar el rumbo para no abordar al anterior y no pudo disparar el último torpedo. El *Nicator* pudo escapar y se reunió a la 13 flotilla. El *Moorson* también tomó parte en el ataque contra la flota de batalla enemiga. El *Nestor* pudo más tarde ser socorrido.

»El *Petard*, *Nerissa*, *Turbulent* y *Termagant* atacaron asimismo a los cruceros de batalla, lanzando torpedos después del encuentro con los destroyers enemigos. El *Petard* refiere que todos sus torpedos pasaron la línea enemiga, mientras que el *Nerissa* manifiesta que uno de sus torpedos dió, al parecer, en el barco de retaguardia. Este ataque da a conocer el espíritu de ofensiva de la marina de Su Majestad y es digno de sus antiguas tradiciones.

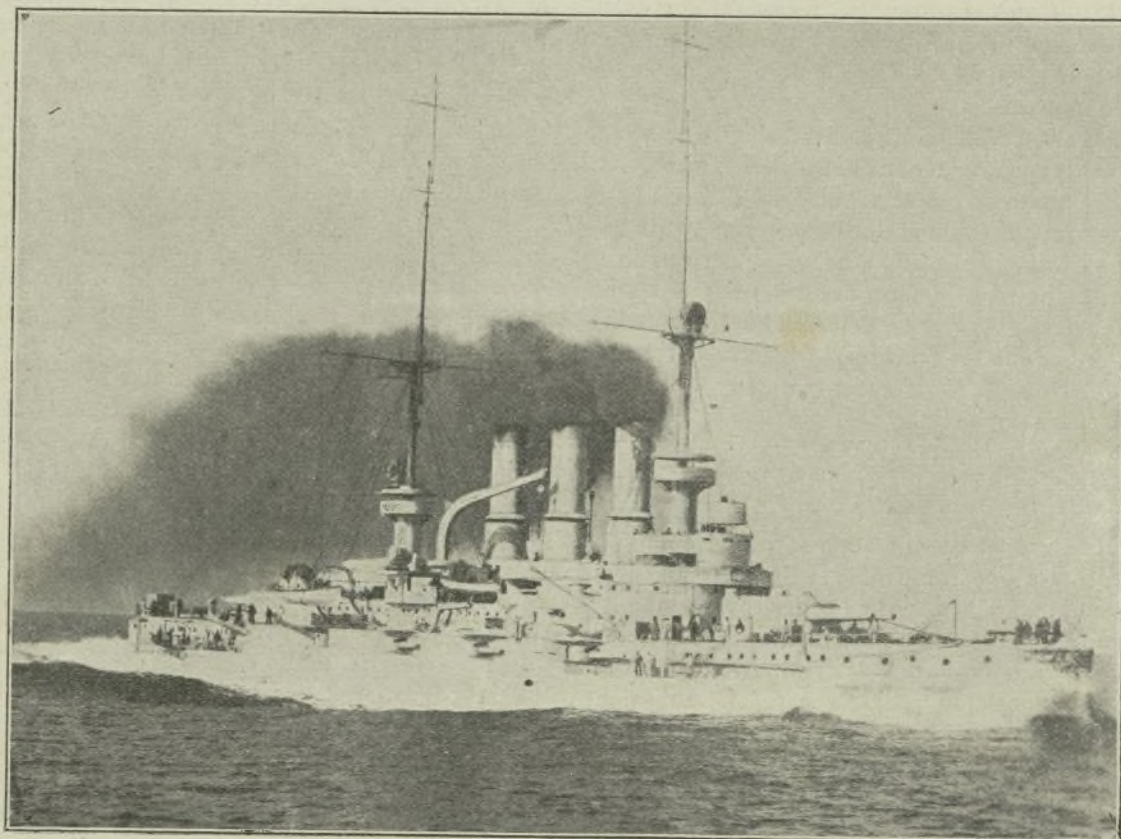
»De 4.15 a 4.43, el combate entre las dos escuadras de cruceros de batalla tuvo un carácter fiero y resuelto. La V escuadra de batalla luchaba contra los barcos enemigos de cola, desgraciadamente a demasiada distancia. Nuestro fuego fué tan eficaz que la rapidez y puntería del tiro enemigo comenzaron a disminuir. A las 4.18 el tercer barco enemigo apareció envuelto en llamas. La visibilidad se había reducido mucho hacia el N. E. y la silueta de los barcos se hizo muy confusa.

»A las 4.38, el *Southampton* avisó la llegada de la escuadra de batalla enemiga. Llamóse a los destroyers, y a las 4.42 vióse a la escuadra de batalla adversaria. Se cambió el rumbo 16 puntos a estribor y marché hacia el N. para acercarme a nuestra flota de batalla. Los cruceros de batalla enemigos también variaron el rumbo poco después, y siguió el combate. El *Southampton*, con la II escuadra de cruceros ligeros se mantuvo al S. para observar. Ellos se acercaron a 12,000 metros de la flota de batalla enemiga y se pusieron bajo un fuego intenso, aunque ineficaz. Los partes del *Southampton* fueron muy útiles. La V escuadra de batalla se acercaba ahora y batía a los cruceros de batalla enemigos con toda la artillería. Se les dijo cuál era la posición de la flota de batalla enemiga y les ordené que variasen el rumbo 16 puntos. Esta escuadra nos apoyó brillante y eficazmente.

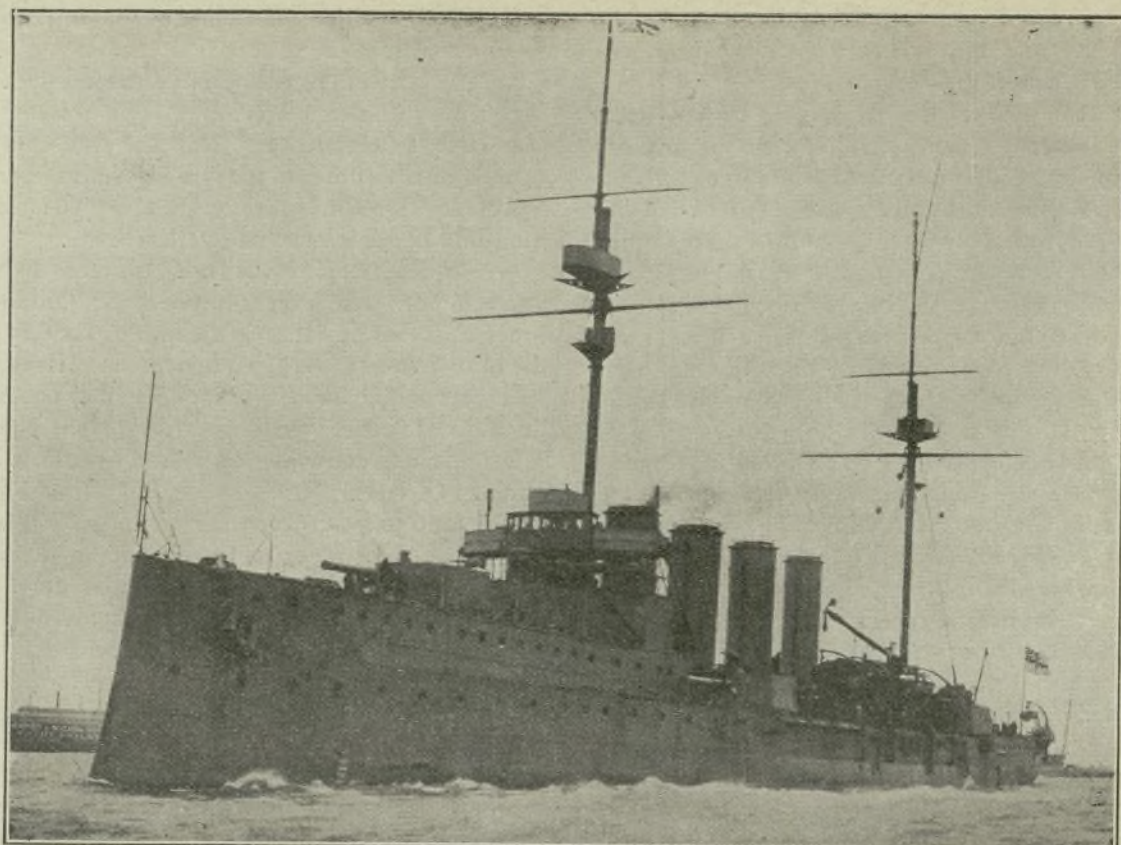
»A las 4.57, la V escuadra de batalla se puso bajo el fuego de los barcos enemigos que iban en cabeza. El *Fearless*, con los destroyers de la I flotilla, se unió a los cruceros de batalla y, cuando lo admitió la velocidad, tomó puesto en cabeza. El *Champion*, con la 13 flotilla, formó con la V escuadra de batalla. A



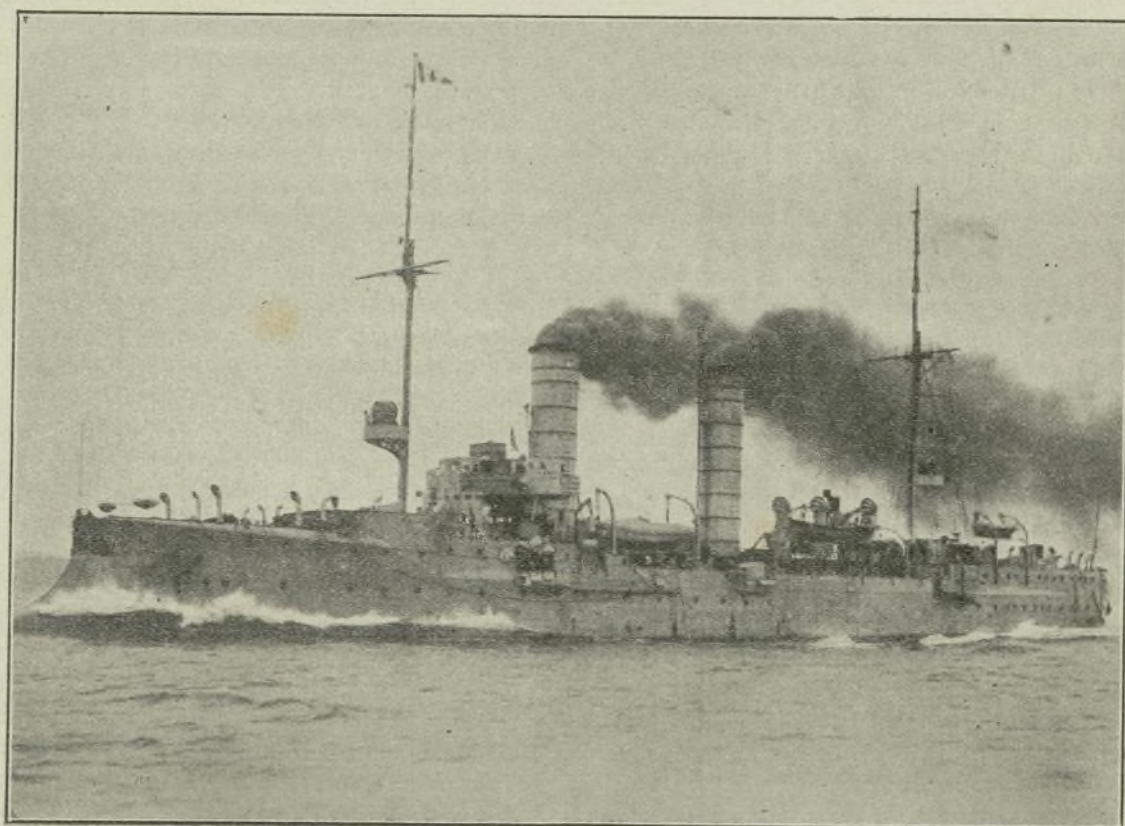
El crucero de batalla inglés «Invencible», hundido el 31 de mayo



El crucero alemán «Pommern», hundido el 31 de mayo



El crucero inglés «Defence», hundido el 3 de mayo



El crucero alemán «Frauenlob», hundido el 31 de mayo

las cinco las escuadras de cruceros ligeros I y III, que habían seguido a mis barcos hacia el S., se pusieron a mi proa; la II escuadra de cruceros ligeros se colocó a babor.

»Las condiciones del tiempo se habían hecho muy desfavorables, porque las siluetas de nuestros barcos se destacaban con claridad desde el enemigo en un horizonte claro, mientras que los barcos alemanes quedaron oscurecidos por la niebla, mostrándose solo de vez en cuando. Estas condiciones subsistieron hasta las seis. Entre cinco y seis la acción se desarrolló en marcha al N., a unos 13,000 metros. Durante este período el enemigo fué severamente castigado, y uno de sus cruceros de batalla abandonó la línea con averías muy graves. Esto fué observado personalmente por mí y fué corroborado desde el *Princess Royal* y el *Tiger*. Otros barcos enemigos también mostraron señales de averías. A las 5.5, el *Onslow* y el *Moresby*, que se habían destacado para socorrer al *Engadine* con el hidro-avión, se reunieron con la flota de cruceros de batalla y se pusieron a proa y estribor del *Lion*. A las 5.10, el *Moresby* disparó un torpedo a un barco enemigo que estaba en su línea. Ocho minutos después observó que el sexto barco de la línea había sido alcanzado por un torpedo. El *Moresby* pasó entonces entre las líneas y se reunió con el *Champion*. En corroboración de esto, el *Fearless* refiere que vió un barco enemigo fuertemente averiado por nuestro fuego a las 5.10, y que poco después surgió una gran columna de humo y vapor.

»A las 5.35, nuestro rumbo era N. N. E. y la probable posición de la flota de batalla al N. 16 O., moviéndose gradualmente al N. E. y manteniendo la distancia de 13,000 metros con respecto al enemigo. Este se movía hacia el E. y la cabeza de su línea recibía severo castigo, y probablemente obraba según los informes que recibía de sus cruceros ligeros, que estaban empeñados con nuestra III escuadra de cruceros de batalla. Es posible que también estuvieran presentes allí los zeppelines. A las 5.50 cruceros británicos fueron vistos a babor, y a las 5.56 los barcos de cabeza de la flota de batalla aparecían cinco millas al Norte. Entonces modifiqué el rumbo al E. y marché a toda máquina. Esto redujo la distancia al enemigo a 11,000 metros. En este momento sólo se veían tres cruceros de batalla enemigos, seguidos por acorazados de la clase *Koenig*.

»A las 6.5 el *Onslow*, que se mantenía a proa del *Lion*, vió un crucero ligero enemigo a la distancia de 5,500 metros, que al parecer se proponía atacarle con torpedos. El *Onslow* se empeñó contra él, disparándole 58 granadas a distancias comprendidas entre 3,500 y 1,800 metros, haciéndole varios impactos. El *Onslow* se acercó enseguida a los cruceros de batalla enemigos y se dió orden de disparar todos los torpedos, pero en este momento le alcanzó un proyectil de grueso calibre en el centro del barco, y sólo pudo disparar un torpedo. Creyendo que habían partido todos sus torpedos, el comandante se retiró a pequeña velocidad; como se le dijera que aún le quedaban tres torpedos, volvió a acercarse al pequeño crucero, con el que había combatido, y le torpedeó. La flota de batalla enemiga estaba a la vista, y contra ella lanzó sus demás torpedos. Las averías causadas al *Onslow* obligaron a este barco a detenerse.

»A las 7.15, el *Defende*, cuya marcha se había reducido a 10 millas por el choque de un proyectil de 30.5 centímetros, se acercó al *Onslow* y lo tomó a remolque. Los proyectiles caían alrededor de ambos barcos durante esta operación, que no obstante pudo rematarse felizmente. El temporal que sobrevino aquella noche aumentó todavía los daños, pero los dos barcos capearon juntos el tiempo y el 1.º de junio pudo llegar a puerto el *Onslow*.

»A las 6.20, la III escuadra de cruceros de batalla apareció en proa, con rumbo al S. Ordené entonces que nos pusieramos delante. A las 6.25 cambié el rumbo al E. S. E. en apoyo de la III escuadra de cruceros de batalla, que sólo distaba 7,000 metros del barco de cabeza enemigo. Los barcos alemanes la cañoneaban con violencia y la obligaron a variar hacia el O. y el S.

»A las 6.50 los cruceros de batalla se habían separado de nuestra escuadra de batalla de cabeza, que marchaba al N. N. O., a tres millas del *Lion*, y dispuse que la II escuadra de cruceros de batalla prolongara la línea y redujera la velocidad a 18 millas. La visibilidad era escasa, no superior a cuatro millas, y de vez en cuando los barcos enemigos se perdían de vista. Es interesante observar que después de las seis, aunque la visibilidad se redujo, nos era más favorable a nosotros que al adversario. A intervalos sus barcos se destacaban bien y esto nos permitía castigarlos severamente y conseguir una notoria superioridad sobre ellos. De los partes de los demás barcos y de mis propias observaciones, se deduce que los enemigos padecieron mucho, tanto los cruceros de batalla como los acorazados. La cabeza de su línea fué deshecha, y sus acorazados se convirtieron en blancos de nuestros cruceros de batalla. Antes de abandonarnos, la V escuadra de batalla también combatió contra la escuadra enemiga, y según el parte del contra-almirante Evan-Thomas se obtuvieron magníficos resultados, y su excelente escuadra realizó una gran labor.

»Del informe del contra-almirante Napier se deduce que la III escuadra de cruceros ligeros, que había mantenido su puesto a nuestra proa y estribor, delante del enemigo, atacó a las 6.25 con torpedos. El *Palmouth* y el *Yarmouth* lanzaron sus torpedos al barco enemigo de cabeza y se cree que uno de los torpedos le alcanzó, porque se observó una fuerte explosión bajo el agua. Esa escuadra atacó entonces valientemente con su artillería a los grandes barcos enemigos, sin daño propio, lo que indica que la eficacia del tiro alemán había padecido mucho. Refiere el *Indomitable* que un barco de la clase del *Derfflinger* se retiró de la línea.

»A las 7.6 recibí una señal del almirante en jefe para poner el rumbo al Sur. Otras señales recibidas hasta las 8.46 daban a conocer que la ruta era al S. O. Entre 7 y 7.12, marchamos gradualmente al S. O. y O. para ponernos en contacto con el adversario, y le vimos a las 7.14 a una distancia de unos 14,000 metros. Eran dos cruceros de batalla y dos acorazados del tipo *Koenig*; la línea continuaba sin duda al N. pero no se descubría. La visibilidad mejoró considerablemente al aparecer el sol por debajo de las nubes, y a las 7.17 aumentamos la velocidad a 22 millas. A las 7.32 mi rumbo era al S. O., velocidad 18 millas, y el barco enemigo de cabeza

navegaba al N. O. O. Después de un corto tiempo, el enemigo dió señales de haber sido castigado, porque un barco estaba en llamas y otro se inclinaba a estribor. Los destroyers, en cabeza de la línea enemiga, lanzaban grandes masas de humo, cubriendo los barcos grandes, que a las 7.45 se perdieron de vista.

»A las 7.58 dispuse que la I y III escuadras de cruceros ligeros se dirigieran al O. y fijaran la cabeza de la línea adversaria, y a las 8.20 cambiamos el rumbo para apoyarles. Pronto descubrimos dos cruceros de batalla y acorazados, y trabamos un fuerte combate a la distancia de 9.000 metros. El barco de cabeza fué repetidamente alcanzado por los proyectiles del *Lion* y cambió ocho puntos, envuelto en llamas y con averías a babor. El *Princess Royal* puso fuego en un barco de tres chimeneas; el *New Zealand* y el *Indomitable*, refieren que un tercer barco, con el que lucharon, se salió de la línea con fuego a bordo. La niebla los envolvió, y el *Falmouth* refiere que los perdió de vista a las 8.38 con rumbo al O.

»A las 8.40, todos nuestros cruceros de batalla notaron una fuerte trepidación como si hubieran tropezado con una mina o torpedo, pero como del examen que se llevó a cabo no resultó signo de avería, se presume que aquello fué indicio del hundimiento de un gran navío.

»Proseguí marchando hacia S. O. con mis cruceros ligeros hasta las 9.24. Nada más descubrimos, y creí que el enemigo marchaba hacia el N. O. y que nos habíamos establecido entre él y su base. El *Minotaur* se adelantó cinco millas al N. y le pregunté la posición de la cabeza de la gran escuadra de batalla. Contestó que no la tenía a la vista, pero más tarde se supo que marchaba al N. N. E.

»En vista de que aumentaba la obscuridad y toda vez que nuestra situación estratégica era tal que habíamos fijado al enemigo de modo a obligarle a combatir al amanecer del siguiente día, no estimé prudente acercarme más a la flota enemiga de batalla durante la noche, estimé que me atemperaba a los deseos del almirante en jefe volviendo al rumbo antiguo y di parte de esta resolución.

»La 13 flotilla se situó a estribor de la flota de batalla durante la noche. A las 0.30 del 1.º de junio, un gran navío pasó por detrás de la flotilla a toda máquina. Cruzó cerca del *Petard* y el *Turbulent*, los iluminó con sus proyectores y rompió un violento fuego, que desarboló al *Turbulent*. A las 3.30, el *Champion* luchó algunos minutos con cuatro destroyers enemigos. El *Moresby* avisó que cuatro barcos del tipo del *Deutschland* fueron vistos a las 2.35, y que les disparó un torpedo. Dos minutos más tarde, el *Moresby* y el *Obdurate* oyeron una explosión.

»El *Fearless* y la primera flotilla fueron útilmente empleados como cortina submarina durante la primera parte de la jornada del 31. A las 6.10, cuando se incorporaban a la escuadra de batalla, el *Fearless* se vió imposibilitado de seguir a los cruceros y se colocó a retaguardia de la línea. Durante la noche descubrió un barco de la clase del *Kaiser*, que marchaba a gran velocidad y enteramente solo. No pudo trabar combate con él, pero cree que fué atacado por varios destroyers. Poco después se oyó una gran explosión.

»La I y III escuadras de cruceros ligeros estuvie-

ron casi continuamente en contacto con los cruceros de batalla, una de las dos escuadras alternativamente en cabeza. Protegieron eficazmente la cabeza de nuestra línea de los ataques por torpedos, y contribuyeron a restablecer el contacto cuando la línea enemiga se perdió primero de vista. La II escuadra de cruceros ligeros se mantuvo a retaguardia de nuestra línea durante la noche, y a las 9 contribuyó a repeler un ataque de destroyers sobre la V escuadra de batalla. También se empeñaron seriamente a las 10.20 con cinco cruceros enemigos el *Southampton* y el *Dublin*, que sufrieron graves bajas durante el combate, que duró 15 minutos. El *Birmingham*, a las 11.30 vió dos o más grandes barcos enemigos que navegaban al Sur.

»La labor del *Engadine* es digna del mayor elogio y fué de gran provecho. Remolcó al *Warrior* 75 millas, entre 8.40 del 31 de mayo y 7.15 del 1.º de junio, y salvó las vidas de la dotación del último navío.

»Es imposible dar un definido resumen de las pérdidas del enemigo. La visibilidad fué casi siempre escasa, y la prudencia me impidió acercarme demasiado con mis fuerzas interiores. Según todos los partes que he recibido, las pérdidas del enemigo fueron considerablemente grandes y mayores que las nuestras, a despecho de su superioridad, incluyendo acorazados, cruceros de batalla, cruceros ligeros y destroyers. Esto es elocuente testimonio de la elevada destreza de los artilleros y torpedistas. Los jefes y las dotaciones permanecieron impasibles durante toda la batalla, en muchos casos no obstante los grandes daños en el personal y material. Nuestra superioridad sobre el enemigo en este respecto fué muy marcada, y su eficiencia se redujo rápidamente, gracias al castigo que le infligimos».

El parte termina con unos párrafos de elogio a los almirantes, jefes, oficiales y dotaciones de la escuadra (1).

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Bicocas!

—Como gracia, no se puede negar que la tienen sus amigos, señor A. Es chistoso lo que refiere este periódico francés; ¿quiere V. leerlo?

(El señor A).—No; porque toda vez que a V. le hace gracia, a mi me disgustará. Aparte de que no hemos de juzgar a un pueblo por las vulgaridades que escriba un periodista, y en Francia los hay malos, aunque pocos, como en todas partes. Sospecho que Barrés estará oculto.

—Se engaña V. Ni Barrés ni ningún periodista tienen arte ni parte en lo sucedido. Su autor raya más alto: nada menos que la Administración francesa.

(El señor B).—Diga V., diga V., don Subrio; ha picado V. mi curiosidad.

—Imagínense ustedes que un rico portugués, entusiasta partidario de la causa de los aliados, quiso demostrar con obras sus sentimientos e hizo un donativo de cinco mil francos para la fabricación de

(1) En el número siguiente se publicará el parte oficial del almirante Jellicoe.

municiones. A los dos días recibió un pliego de la Administración, del Estado, como diríamos nosotros...

(El señor A).—Dándole las gracias y loando su conducta.

El (señor B).—Otorgándole tal vez alguna distinción o recompensa honorífica.

—El periódico que nos cuenta la tomadura del pelo, inserta la reproducción fotográfica del documento; véanla ustedes. En lugar de darle las gracias, la Administración francesa reclamaba al rico portugués veinticinco céntimos por derechos de timbre y diez por el sello; total, treinta y cinco céntimos.

(El señor A).—¡Muy bien! Las leyes y los reglamentos son lo primero.

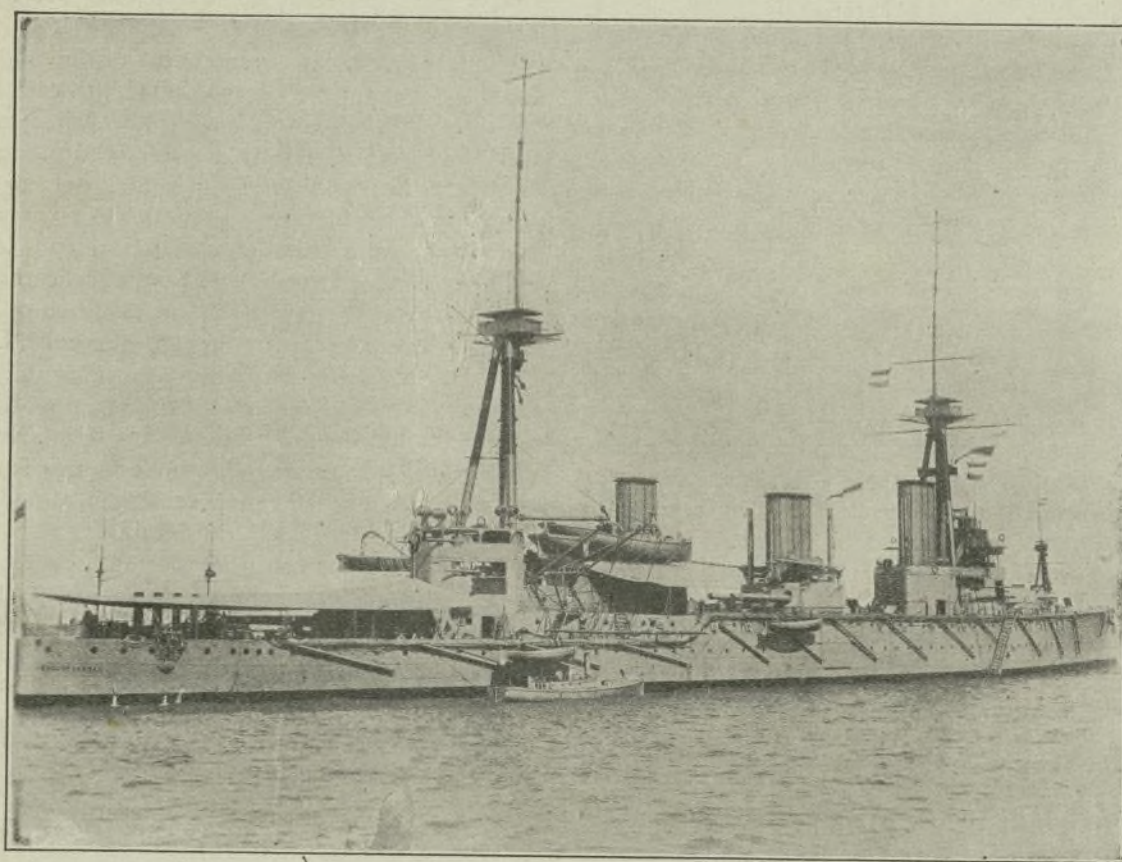
—De dónde resultó que el rico lusitano, que se creía acreedor del Estado, se trocó en deudor, y si no

(El señor B).—No se puede negar que impera demasiado la burocracia en Francia; hay un formulismo y un papeleo excesivos. Nosotros, es decir, los ingleses, son más serios y van directamente al grano. Han desterrado la hipérbole y el adjetivo, y dicen las cosas por sus nombres, al pan...

—*Money*, y al vino también dinero. Por cierto que, como yo soy el primer admirador de la formalidad inglesa, he de felicitar a V. muy sinceramente por el último y brillantísimo triunfo británico. Que sea enhorabuena.

(El señor B).—¿Cuál? ¿En dónde? Si no es V. más explícito...

—V. siempre tan modesto, señor B. Así me gustan los guerreros. Mire V. como comienza su carta, de seis columnas, este corresponsal inglés en el ejército del Somme: «El Imperio debe hoy de estar or-



El crucero de batalla inglés «Indefatigable», hundido el 3 de mayo

paga los treinta y cinco céntimos, le embargan. Después de regalar cinco mil francos, se le apremia y casi se le conmina con la cárcel. No añade el periódico lo que pensó el portugués, pero yo sospecho que le entraron deseos de volverse a Cascaes. ¡Vaya unos aliaditos, debió de pensar!

(El señor A).—Repito que no encuentro en el caso nada de particular.

—¡Ah! Si hubiera acontecido en España, donde estamos más atrasados, no hubiera sido floja la indignación de usted, señor A. Las voces se hubiesen oído desde la esquina. ¿Por qué no imita al lusitano y se traslada a París, a hacer allí sus propagandas? Ya me veo en el Ministerio de Estado haciendo gestiones para que le pongan en libertad. Su admiración hacia todo lo galo necesita la salsa, el medio ambiente, para que la creamos sincera.

gulloso de sus tropas. La segunda fase de la gran batalla ha comenzado con un éxito tan brillante, como jamás lo hayan alcanzado las armas británicas. La historia así lo reconocerá.

(El señor B).—Importante ha de ser, en efecto. Precise V. el lugar y la ocasión.

—Primero, creí que los ingleses habían entrado en Amberes; luego, que se habían apoderado de Constantinopla. Al recorrer con la vista los interminables párrafos que seguían al enfático preámbulo, me enteré de que se referían a los combates en los bosques de Trones y Delville, donde andan a la greña los alemanes y britanos hace quince días. Lo cual no deja de ser mucho.

(El señor A).—Convénzase V., señor B, que ustedes no tenían idea de la guerra, y cualquiera de los hechos que nosotros realizamos y nos parecen vul-



gares, a ustedes les dejan estupefactos. Son ustedes unos niños de teta, a nuestro lado.

(El señor B).—Es lo único que me faltaba que ver; que V. negara la irresistible pujanza de nuestros admirables y colosales ejércitos de tierra y mar.

—Tiene más razón que Cadorna, que el pobre es un santo, el señor B; ¿no comprende V., señor A, que él está acostumbrado a las glorias de Mons, Ipres, Gallípoli, Macedonia y Mesopotamia? Cada vez que el combate no termina en carrera, se da con un canto en los pechos y se lo cuenta a los insulares, porque los continentales le hacemos el mismo caso que a los bersaglieri.

(El señor B).—Si hubiera V. examinado en el mapa la importantísima y enorme extensión de terreno que hemos conquistado al N. del Somme, no hablaría V. de ese modo. Se acerca a 40 kilómetros cuadrados, cuatro mil hectáreas...

—Cuarenta millones de metros cuadrados... Va V. a parecerse a los rusos, que cuentan los kilogramos de alambre y las toneladas de cemento que conquistan. El tal Brusilov nos está resultando un Manolito Gazquez; ¿no será un malagueño disfrazado? Ustedes, con sus metros cuadrados, le van a dejar atrás.

(El señor B).—Principio quieren las cosas; una vez puestos en marcha...

—Allá va la nave, ¿quién sabe do va? Para saberlo, se lo preguntaremos a los germanos; ¿no le parece a V., mister B? A propósito ¿no recuerda V. aquel tratante en garbanzos, que le dió por estudiar los movimientos de los diferentes ejércitos, y se procuró un plano de gran tamaño, de toda Europa?

(El señor B).—¿Quién? ¿Será un señor gordo, encendido de color, que no supo que existía la geografía hasta que comenzó la guerra?

—El mismo. Hasta ahora, el buen sujeto no ha tropezado con dificultades de mayor cuantía para fijar las posiciones de las tropas, porque los avances alemanes, aunque modestos, estaban al alcance de los ciegos. Pero cuando han comenzado las victorias de los ingleses—y también de los franceses;—no tenga V. celos, señor A, en el Somme, se ha visto perdido y me ha pedido un microscopio; de otro modo, no alcanza a ver los avances.

(El señor B).—Que no se moleste. Yo le enviaré cualquier periódico inglés, y se enterará de una sola ojeada. ¡Como si fueran despreciables!

—Buenas mosquitas muertas están los tales periodiquitos. Han tomado la costumbre de publicar planos de los frentes Este y Oeste en escala muy chica, y en ellos siempre aparece por lo menos la mitad de Rusia. ¡Claro está! La tajada engullida por los teutones no es cosa del otro jueves. Pero al lado de tales mapas, insertan otros del Somme, en escala

grandísima, con las nuevas posiciones británicas, y el mercader de Londres, que no entiende en escalas, ni le importan, compara unos *progresos* con otros, y se pone tan ufano a consumir su *five o'clock tea*; ¡Eso sí que es *humour*!

(El señor B).—¡Pequeñeces! Indignas de que personas serias nos ocupemos en ellas.

—No lo crea V. Esas pequeñeces acarrearán los grandes efectos. Si al público se le mostrara escuetamente la verdad, hace mucho tiempo que la guerra habría terminado; pero como se la escamotea, disfrazada y oculta, hasta los más desahuciados por el sentido común se creen camino de la victoria.

(El señor A).—No lo dirá V. por los franceses; por lo menos, sería ridículo.

(El señor B).—Ni por los ingleses; para mi no ofrece duda.

—Lo digo por todos, aunque es claro que a unos alcanza más que a otros. Por ejemplo: ¿no mueve a lástima e infunde pena, leer de vez en cuando, mezclado con los partes de horrendas hecatombes, algún telegrama belga, diciendo que ha sido reducida al silencio la artillería enemiga o que se ha conquistado una trinchera, eternamente la misma? ¿Y los serbios? ¿Me quieren ustedes decir a dónde van los serbios? Esas noticias me infunden la misma pena que cuando por la calle encuentro un lisiado que quiere hacer el gracioso.

(El señor A).—¡Pobres serbios y belgas! ¡Dejémosles en paz!

—En plena guerra les dejaron ustedes en las astas del toro; en paz no abandonan ustedes a nadie; díganlo los griegos. Ustedes sólo hacen caso al palo.

(El señor B).—Todo lo toma V. por el lado que quema. Me extraña que hoy no fustigue V. a los italianos. ¿Le agradan más los partes de éstos?

—Los encuentro adecuados a su autor; de tal palo, tal astilla; dime con quien andas y te diré quien eres; todos ellos son simples bicocas: mucha fachada, y por dentro nada. Se parecen a las almejas que sirven en algunas fondas o catetines de Nápoles, esto es, almejas... sin almejas; no hay más que caldo, porque las valvas están vacías. Si del olmo no pueden pedirse peras ¿qué se atreverían ustedes a pedir de bicoca? Pues... eso, y...

(El señor B).—Estamos en plena camelancia, don Subrio. Ni el demonio que lo entienda. Pero yo prefiero esto a que hable V. de los ingleses.

—Y yo también; de los ingleses sólo estoy tranquilo cuando tengo cerca a un alemán. Por lo demás, la explicación es muy sencilla. Los partes se redactan en el Estado Mayor, y el jefe de éste, en Italia, es el general Porro della... Bicoca..., e... Santa María... ¡Ora pro illos!

SUBRIO ESCÁPULA

CRONICA MILITAR

I. La batalla naval del Skager Rak.—II. La iniciativa más valiosa.—III. Ojeada general sobre las operaciones.—IV. La situación el 27 de julio

I.—La batalla naval del Skager Rak

Las noticias, escasas y parciales, que hasta ahora se habían publicado sobre la batalla naval del 31 de

mayo, confirmaban cada vez con mayor evidencia que aquella jornada fué desgraciada para la marina inglesa, pero no se creía que la derrota alcanzara la gravedad que bien a las claras se desprende de los

partes oficiales de los almirantes británicos. La escuadra del almirante Beatty fué la que llevó el peso principal del combate, por lo que se esperaba con impaciencia el parte oficial de ese almirante, que sin duda daría a conocer la forma en que se desarrolló el combate y sus resultados.

Ese parte, que figura en otro lugar de este cuaderno, puede decirse sin exageración que no menciona una fase siquiera de la batalla propiamente dicha. Detalla las maniobras que ejecutaron las divisiones de cruceros ligeros y las escuadrillas de destroyers, pero omite todo lo que atañe a la acción de las unidades principales, y ni siquiera declara en qué condiciones y por cuáles motivos se perdieron los barcos que se fueron a pique, según propia declaración del Gobierno inglés. Leyendo ese parte, se obtiene la impresión de que sólo hubo una o varias escaramuzas, y no un durísimo encuentro entre las flotas enemigas de alta mar. No aparece el propósito de un ataque a fondo, y en compensación se justifica, por motivos de prudencia, la retirada del teatro del combate. Las bajas enemigas se anuncian en una forma extremadamente vaga, sin precisar ninguna, y las inglesas se dejan para una lista complementaria que aparece al fin del parte, sin más explicación.

Pero lo más significativo es que los rumbos que fué tomando la escuadra del almirante Beatty no denotan la determinación de encerrar a la escuadra alemana o de cortar el paso hacia su base, sino el deseo de alejarse del alcance de los cañones alemanes. Evidente es el hecho de que la escuadra de alta mar, la que iba a las órdenes del almirante Jellicoe, no concertó su acción con la de Beatty, por lo que éste tuvo que acudir a su propia inspiración para salir del mal paso en que se había metido. Cuando ya se hizo de noche y se interrumpió el fuego, los barcos de Beatty se apartaron del lugar de la lucha, que abandonaron al dominio del adversario. Y éste, en lugar de huir a toda máquina, como se había sostenido, estuvo navegando—por lo menos algunas de sus unidades—por aquellos parajes, hasta la madrugada del 1.º de junio. De modo que ni estratégica, ni tácticamente, la victoria inglesa se descubre en modo alguno.

El diagrama o gráfico que acompaña al parte no está de acuerdo con los rumbos que se leen en el parte del almirante. Según aquel gráfico, parece que la escuadra alemana se vió obligada a huir, pero las maniobras detalladas en la relación oficial manifiestan lo contrario. Ciertamente, cuando la escuadra de alta mar llegó a última hora de la tarde, la desproporción de fuerzas fué tan grande que los alemanes se replegaron, pero no sin que antes hubiera sido rota y deshecha la línea de los barcos de Beatty y puesta en desorden y aún en fuga esta última escuadra. La frecuente intervención de los cruceros ligeros—cuyas dotaciones dieron pruebas de gran valor—en una batalla en la que apenas tenían puesto, demuestra cuán apurada llegó a ser la situación para la flota de Beatty. Así mismo se descubre una notoria habilidad de maniobra por parte de los barcos alemanes, que aparecían donde no se les esperaba y desaparecían cuando les convenía. Adviértense numerosas contradicciones, tanto al referirse a las condiciones de visibilidad de la atmósfera, como a los

movimientos de alguna de las divisiones de cruceros ligeros.

Una victoria naval, ni siquiera un encuentro indeciso, no se describen jamás de esa manera; el parte de Beatty es el relato de una batalla en el que se ha prescindido de la batalla; y el complementario del almirante Jellicoe, muy fragmentario y deficiente, es tan anodino como el anterior. Salta a la vista que se han substraído de la publicidad los párrafos más interesantes. La prensa inglesa, al comentar estos partes, se muestra unánime en reconocer que esa batalla dista mucho de la de Trafalgar y otras, pero se nota en sus comentarios un sentimiento de alivio, el cual, junto con la extrañeza que ha producido que los relatos se den a conocer antes de lo que acostumbra el Almirantazgo, da a entender que la opinión inglesa creía que la derrota de su escuadra había revestido caracteres desastrosos. Los partes referidos no permiten suponer que efectivamente la batalla, aunque desgraciada, haya sido una derrota inmensa.

No se ha hecho luz todavía sobre un punto interesante. Se decía, antes del 31 de mayo, que los barcos alemanes estaban montando una artillería muy potente. Al parecer los más de los cañones siguen siendo de 30.5 centímetros, y estos calibres no son suficientes para hacer los estragos rápidos que se observaron en los barcos ingleses, lo que parece indicar que las nuevas piezas, aunque de calibre conocido y relativamente antiguo, tienen una potencia extraordinaria. Por lo menos, hicieron frente sin desventaja a una artillería de calibre muy superior.

II.—La iniciativa más valiosa

Sin que ello implique censura para nadie, es lo cierto que los métodos de guerra, diferentes y aún opuestos, que se vienen aplicando hace dos años, han sido impuestos por los alemanes y copiados por sus adversarios. No hay que extrañarlo, porque eso mismo ha estado ocurriendo durante cincuenta años; Alemania ejercía un predominio indiscutido en todo lo que se refería a milicia, sus métodos dieron el resultado apetecido al ser aplicados en los teatros de operaciones, y todos sus adversarios se apresuraron a imitar en la guerra lo que ya reputaban impecable en la paz. Pero en esto, lo mismo que en lo que atañe a organización, por ejemplo, se olvidó, que la principal ventaja, el mérito más positivo, de las ideas alemanas consistía en que se adaptaban perfectamente a las necesidades y conveniencias de aquel ejército, y que, por consiguiente, no resultarían tan eficaces al ser trasplantadas a otros. La experiencia aún no ha abierto los ojos a todos.

Sabido era que Alemania, invadiendo Bélgica, iba a realizar una atrevida maniobra envolvente contra el ejército francés; si el punto elegido era Lieja o Louguyon poco importa. Contra ese plan los franceses idearon otro no menos genial: una maniobra en Lorena, que cogiera de flanco y amenazara las líneas de comunicación del enemigo, en pleno despliegue en el Norte. Pero los alemanes junto a su programa ofensivo, estudiaron la posibilidad de ese ataque francés y se prepararon a contrarrestarlo valiéndose de la fortificación. La maniobra estaba a la sazón en pleno auge y nadie concebía que al princi-

pio de la guerra uno de los beligerantes se aviniera a reñir una batalla defensiva.

Maniobraron los alemanes en el N., con masas superiores, contra los franceses, que fiaron el éxito al movimiento, a la evolución y a la bravura, y los derrotaron. Maniobraron los franceses, con fuerzas superiores, en el E., y sufrieron un desencanto al tropezar con los fuertes atrincheramientos de campaña que el adversario había improvisado en Lorena; como es natural, fueron también derrotados. Y entonces se vió que si Alemania esperaba la victoria de una fulminante ofensiva, no descuidó las medidas defensivas, aunque aparentemente chocaban con sus tradiciones militares de muchos años.

Reducidos los alemanes en el Oeste a una inferioridad material a consecuencia de la impetuosa invasión de la Prusia Oriental por los rusos, no llevaron su persecución hasta el Marne sin haber dejado antes en el Aisne muchos batallones de zapadores, que construyeron aquellos atrincheramientos que tanto asombraron a franceses e ingleses—que no se han recatado de declararlo—y cuyas inútiles tentativas de expugnación costaron torrentes de sangre a los aliados. ¿Cuál era la situación en aquel momento? Los alemanes reducidos temporalmente a la defensiva, ante un enemigo más fuerte, se aferraban al terreno, cuyos obstáculos naturales reforzaban con otros artificiales; no les convenía la maniobra, sino el ganar tiempo, no perder, por lo menos, su condición de invasores. Tenían a su favor los aliados la potencia material, entonces es cuando hubieran podido prometerse mejores resultados de la rapidez y audacia de sus movimientos; lejos de eso, corriéronse tímidamente hacia el N., rivalizaron con sus adversarios en el manejo de la pala, y acabaron de quitar a la guerra la poca movilidad que le quedaba; no podían hacer más por favorecer los planes alemanes.

Así como en el Oeste los germanos se mostraban excelentes e incansables fortificadores, en el Este desplegaban sus cualidades maniobreras y hacían frente con fortuna a las incontables masas rusas. Hasta la primavera del pasado año, la artillería pesada pareció quedar reservada a la expugnación de plazas. Ya en el Aisne hizo su aparición, con felicísimo éxito, pero nadie creyó por el momento que las piezas pesadas usurparan su puesto a las ligeras. Disponían los alemanes de un gran número de aquellas—única nación que desde antes de la guerra advirtió la importancia que iban a adquirir—y habían fabricado muchas más, de modo que se encontraron con un elemento del que se hallaban muy mal dotados sus adversarios. A él recurrieron para romper el frente ruso en Gorlice y Tarnow, y desde entonces se entronizó un nuevo método de guerra en todas partes. La artillería pesada era sin duda la receta de la victoria. En Inglaterra, Francia y Rusia se levantó fuerte cruzada al grito de «cañones y municiones»; pero la ventaja en este terreno la habían adquirido ya los alemanes y no era fácil arrebatársela. Lo que se hizo en Gorlice y se repitió en parte en Ipres, fué un rayo de luz para los aliados, que trataron de repetirlo en Artois y Champagne; sólo que los alemanes, al tiempo que aumentaban sus medios de acción, reforzaban los de protección, ideando esos abrigos profundamente enterrados y esas comunicaciones desenfiladas y las organizaciones cortadas, retor-

cidas, irregulares, que parecen antes obra de topógrafos que de hombres.

Desde aquel punto fué axiomático que la victoria era producto del número de cañones y de la cantidad de municiones. La guerra perdía su doble carácter de arte y ciencia, para trocarse en una simple cuestión de potencia de producción. Las generaciones que nos sucedan se asombrarán de que nuestros entendimientos se hayan turbado hasta ese punto. Por si algo faltaba, el sistema de trituración empleado por los alemanes en Verdun ha acabado por disipar todas las dudas; del caso particular se han deducido consecuencias generales; ni el método es aplicable en todos los puntos del frente, ni se consigue derrotar al defeusor, ni por este camino la guerra concluirá nunca, porque se necesitarán muchas docenas de batallas del Somme para arrojar a los alemanes al otro lado del Rhin y reintegrarlos a las fronteras de la Prusia Oriental.

Sin la rapidez de acción, sin la manibra, no hay ni puede haber éxito rápido y decisivo. La guerra es todo lo contrario a la contemporización y al aplazamiento y no reserva sus laureles a los prudentes, sino a los audaces. ¿Quién está más obligado a desplegar esa audacia? El más fuerte. Por ahora, lo son los aliados; los alemanes esperan que, mediante el desgaste, se restablezca el equilibrio; si lo logran, téngase la seguridad de que los últimos golpes serán fuertes, violentos, y que el factor tiempo recobrará toda su importancia. El presente estado de cosas no es definitivo; únicamente perdurarán los actuales métodos en la hipótesis de que los alemanes queden para siempre privados de volver a la ofensiva.

Resumiendo se ve que cuando los alemanes, más fuertes, maniobraron, hicieron lo mismo sus adversarios; cuando, más débiles, se fijaron al terreno, atrincheráronse igualmente los aliados; si obtuvieron un éxito por su artillería pesada y trataron, lógicamente, de explotar todas las ventajas de su superioridad en este concepto, al mismo medio apelaron rusos, ingleses y franceses; el avance paso a paso contra una fortaleza creída inexpugnable ha sido tomado como última palabra de la técnica. Y lo dicho de la artillería podría repetirse de las ametralladoras, de los globos cometas, de los aviones, zeppelines, submarinos... Aunque están quietos y sosegados en sus líneas, los alemanes gozan de la mejor de las iniciativas: la de imponer al adversario los métodos que ellos han ideado para sus exclusivas necesidades y de los que se desprenden cada vez que les convienen otros mejores. Según esto, no es de extrañar que los aliados, no obstante su privilegiada situación y su mayor poderío material, no se acerquen a la victoria; yendo por el camino que les traza su adversario, claro es que la meta se aleja en vez de aproximarse.

Se han perdido de vista los eternos principios de la guerra y es difícil que esta se resuelva naturalmente; y es de suponer que no ya los aliados, sino los mismos alemanes—que voluntariamente prescindieron de aquéllos por imposiciones de la realidad—encuentren los mecanismos enmohecidos, si algún día se les presenta ocasión de ponerlos nuevamente en funciones. Los músculos de ese inmenso organismo que se llama ejército se atrofian pronto si se deja de someterles a un ejercicio tonificador. En resolución, los

unos no pueden, y pesa demasiado sobre los otros el prestigio de sus adversarios.

III.—Ojeada general sobre las operaciones

Aunque los partes rusos y alemanes no conceden desusada importancia a la ofensiva que el ala derecha de los ejércitos del N., mandada por el general Radko Dimitriev, está ejerciendo al S. de Riga, si se recuerda que los tremendos ataques rusos del mes de marzo quedaron también esfumados en partes incoloros y hasta después no se supo que el atacante había desarrollado una energía extraordinaria, no será aventurado suponer que los combates actuales constituyen un empuje serio, fracasado hasta ahora.

Al parecer, no tienen estas batallas el carácter principal de las que se riñen en el Sur. Sin perjuicio de que los rusos procuren ganar terreno, si afloja la resistencia enemiga, su propósito se dirige en primer término a favorecer la unidad general de acción; porque empeñados los alemanes en una lucha seria en el frente occidental, tanto en Verdun como en el Somme, y duramente apretados en el Stojod y atacados de continuo en Baramovitchi, interesa a los aliados amenazar y fijar las fuerzas del mariscal Hindenburg, llamando la atención de los alemanes en todos los puntos de los dos vastos frentes, para que titubeen antes de concentrar las reservas en un sector determinado.

Desarrolladas ofensivamente las anteriores campañas de los alemanes, la actual, de orden defensiva, está poniendo a prueba toda su cohesión. Si soportan el choque sin que sus líneas, aunque cedan o se flexen, se descompongan, no cabe duda que el desgaste producido en el atacante por los largos y grandes sacrificios que está prodigando, mejorará la situación de los imperiales, y aún les pondrá en condiciones favorables para desenvolver una de sus audaces maniobras; a menos, y no es probable, que carezcan de reservas y su presente actitud pasiva se deba a la falta de fuerzas.

Como quiera, los alemanes se encuentran en el período crítico de la guerra. Si ceden, la lucha, será larga, muy larga todavía, porque les queda mucho terreno, y muy bien preparado, en territorio enemigo donde defenderse y resistir largo tiempo; pero si resisten la doble presión se habrá despejado la mayor de las incógnitas de esta guerra, y pudiera ser muy bien que las operaciones se prolongaran ya poco tiempo.

En un año, las energías de los beligerantes han decaído. Recuérdense los resultados de todas las campañas anteriores a los dos meses de iniciadas y compárense con los obtenidos por Brusilov, y se verá cuánto han decaído las acometividades. Si la ofensiva aliada en el Somme no ha tenido todavía ninguna consecuencia de interés al cabo de un mes de comenzada, la acción alemana contra Verdun está de hecho paralizada hace algunas semanas. Pero si los alemanes son consecuentes con sus principios, no durará mucho la calma en esta última región. De todo lo cual se deduce que la carencia de noticias

interesantes, los escasos cambios que ocurren en la situación militar, son la expresión, acaso, de que la guerra está entrando en su fase final. Ello depende de que los imperiales se mantengan o no firmes contra la doble oleada que les bate furiosamente.

IV.—La situación el 27 de julio

Los rusos se han apoderado de Erzindyan, quedando así dueños de toda la Armenia; han avanzado también en la región del litoral del mar Negro. Esta campaña del Cáucaso, como la que realizan los turcos en Mesopotamia y Persia sigue envuelta en las sombras que la rodearon desde el primer día, cuando fueron los otomanos quienes transpusieron la frontera rusa.

En la región de Katia, los ingleses han sufrido algunos pequeños descalabros.

Ha habido luchas violentísimas en Curlandia, en particular al O. y S. O. de Riga, fracasando todos los ataques rusos, terminados con contraataques de los alemanes. Ha disminuído la intensidad de los combates en el centro, Baranovitchi, y en el S. parece contenida y a punto de terminar la ofensiva de los ejércitos del general Brusilov. En Galizia, junto a Bukovina, se advierte alguna tendencia ofensiva por parte de los austro-húngaros. El invasor no ha intentado seriamente el paso de los Cárpatos, molestandole mucho, según declara en sus partes, las crecidas del Dniester y sus afluentes del Sur.

En el frente italiano, escaramuzas y acciones locales en las montañas, y duelos de artillería y escaramuzas en el Isonzo y meseta de Doberdo, sin que se haya modificado la situación, ni pongan empeño en ello los dos adversarios.

En el Somme está paralizada la batalla. Si violento ha sido en algunos momentos el empuje de los aliados, no con menos vigor han contraatacado los alemanes. Peronne y Combles siguen en poder de éstos. La acción no reviste ya aquel carácter de continuidad de los tres o cuatro primeros días, sino que se verifica por impulsos aislados, como períodos de calma relativa, cada vez más largos. ¿Acaso los franco-ingleses desistan del objetivo que persiguían? ¿Se preparan para otro esfuerzo como el primero? Tiempo más que sobrado han tenido para trasladar de asentamiento la artillería pesada y reabastecerse de municiones si, como aseguran, disponen de éstas en abundancia. De todos modos, hay que esperar algunas semanas antes de dar la batalla por terminada.

Los enérgicos y persistentes ataques de los franceses en el sector de Verdun y orilla derecha del Mosa, por recuperar las defensas de Thiaumont, no han tenido éxito. Los alemanes se han abstenido de nuevos avances, habiéndose únicamente corrido un poco al Este de la batería de Damloup. El cañoneo continúa con la violencia de siempre. En la orilla izquierda ha habido también algunos combates, que no han modificado la situación.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

28 de julio de 1916.